

Han pasado quince años

Eduardo Ladrón de Guevara

Todavía hace quince años, en los tiempos en que el primer canal de TVE y el UHF campaban por sus respetos, el guionista de televisión que iba por libre –esto es, el *free lance*– ofrecía sus ideas al jefe del área de Programas de Ficción de TVE como hoy hace el subsahariano cuando, en plena calle, intenta colocarte un alfombra, un reloj, un ventilador a pilas o un reproductor DVD. Había que colocar la mercancía a todo correr antes de que quien te recibía fuera cesado. Hoy, el escritor de guiones que pretende vender un proyecto en cualquier cadena privada también debe ir de prisa porque corre el riesgo, de un día para otro, de encontrarse con que el interlocutor al que ya te habías acostumbrado y parecía interesado en tu serie desde hace siete meses, de sopetón ya no es jefe de nada y vegeta por los pasillos de la cadena a la espera de destino como alma en pena. ¡Qué efímero es todo!

Pero en lo único que se parece la televisión de antes a la de ahora es en que los directivos de alto y medio pelaje siguen durando poco: antes, en TVE, porque caían en cuanto caía el Director General; ahora, en las privadas, porque están expuestos al vaivén del *share*, esa bota malaya que da con ellos en tierra en el instante mismo en que el programa por el que han apostado emite señales de comenzar la cuesta abajo.

Con la puesta en marcha de las cadenas privadas ya casi todo fue diferente, especialmente para el guionista que empezó a vérselas con una nueva figura, algo así como un segundo de abordó del director de Ficción, por lo general alguien que procedía de la producción en un puesto subalterno y que, para ponerse al día, asistía a un curso acelerado de guión dado en inglés por un guionista estadounidense. Pues bien, acabado el cursillo, las cadenas ya tenían personajes que, sin ningún rubor, repetían como papagayos frases que habían escuchado al conferenciante llegado directamente de Minnesota de este jaez:

«El guión está bien, pero le faltan puntos de giro...»
 «Habría que crear un par de tramas autoconclusivas...»
 «Planting, lo importante es el planting...»

Y puestos a ponerse a la altura, llegó la Biblia, requisito *sine qua non* para que una cadena se interese por un proyecto:

- ¿Y la Biblia?
- ¿Cómo dices?
- ¿No traes la Biblia?
- No, yo es que Biblias ... No soy creyente,..
- Digo Biblia, la Biblia de personajes...
- Ah, de personajes...

A la jerga se acababa de añadir la palabra Biblia, que entraba por la puerta grande y no tenía nada que ver con el Antiguo Testamento ni de lejos. Se llamaba Biblia a lo que siempre se había denominado diseño, o sea, al dibujo pormenorizado de los personajes, al argumento, al arco narrativo... ¡Resulta que se llamaba Biblia y no lo sabíamos!

Hace algo menos de quince años que sin Biblia no hay nada que hacer, de ahí que hoy, el guionista que aspire vender por ejemplo una *sitcom* (trece capítulos de media hora de duración) deberá desarrollar hasta más allá de la perífrasis la biografía de los personajes, el argumento, la continuidad de sus tramas... Y a todo ello tendrá que añadirse, naturalmente, el guión piloto, treinta folios que se metamorfosearán antes o después en ochenta o noventa ya que lo que iba a ser una serie de media hora de duración, según órdenes de la Cadena, habrá de estirarse hasta llegar a la hora diez minutos por aquello de la rentabilidad. El resultado es que somos el único país del mundo en que los guionistas tienen que escribir capítulos de *sitcom* que más parecen largometrajes pero condenados a perder fuelle a la media hora de emisión ya que, como saben bien los maestros de la comedia de situación (ingleses y americanos), estirar el humor artificialmente convierte el formato en un engendro y, lo que es peor, en un tedio.

Me gustaría decir tres cosas más sobre la metamorfosis que sufren la Biblia desde el instante en que se elabora al momento en que comienza el rodaje. La primera es que, dos semanas después de entrar en el plató, tres a lo máximo, a la famosa e indispensable Biblia ya no le hace caso ni Dios; segundo, que siguen poniéndose en marcha series

que nunca han tenido Biblia, vaya uno a saber las razones de peso (naturalmente conozco los motivos pero no los diré jamás); tercero y último, que con el tiempo he caído en la cuenta de la razón por la que los departamentos de ficción exigen voluminosas biblias a los guionistas: para no tener que leerlas y, por ende, poder retrasar la respuesta.

Pero con Biblia o sin ella, con excelentes guiones o autor de ideas descabelladas, el guionista debería saber que su serie tendrá poquísimas posibilidades de prosperar y, caso de presentarse en una cadena con el proyecto bajo el brazo, tiene un noventa y nueve por ciento de posibilidades de hablar nada más que con el de Seguridad, un tipo con un *Walky Talky* y músculos de acero que, con un gesto adusto nos dirá, como mucho, un lacónico «No pueden recibirle: Déjemelo a mí». Y el guionista, que es ingenuo cual pajarito frito, depositará en las manos del pretoriano el guión y la Biblia sin sospechar, criaturita, que nadie, nadie, nadie nunca, leerá lo que le ha costado escribir meses y más meses.

Y sin embargo, este oficio de guionista merece la pena si te acompaña un poco la suerte y, claro está, si tienes ocasión de demostrar que sabes hacer la O con un canuto.

Porque la suerte es vital par abrirse paso. Algunos la tienen. Permítanme que les hable de dos series que fueron acompañadas de la buena suerte y que, tal vez por eso, se convirtieron en un éxito. En ambas estuve metido, o estoy, hasta la médula de los huesos. Me refiero a *Farmacia de guardia* y *Cuéntame cómo pasó*.

Pues bien, *Farmacia de guardia*, una serie que nació sin Biblia, constituyó un éxito después de ser un fracaso durante las primeras semanas y de estar a punto de ser defenestrada de la parrilla. Pero los directivos de Antena 3, por motivos que me son desconocidos, la mantuvieron hasta que lograron que remontara el vuelo. Hoy, cuando hace ocho años de su última emisión, ya es una referencia histórica. *Cuéntame cómo pasó* es otra muestra de que los hados influyen. Escrita mucho tiempo antes de su estreno, fue presentada a todas las cadenas y a un sin fin de productoras sin que nadie respondiera. Pues bien, un día, ocho largos años más tarde, TVE, vaya uno a saber por qué (siempre antes la había rechazado) le dio luz verde y comenzó a rodarse. El resultado ya es conocido.

No me gustaría dar un sentido pesimista a estas líneas. Es más, no sé qué diablos habría sido de mí si no me hubiera dedicado a este oficio, pero cada vez más pienso en esas series y esas biblias que hoy duermen en la casa del guionista que no pudo serlo porque una vez, hace mucho, nadie tuvo el buen sentido de echarles un vistazo.



Serie Tempoyhora